



El Senador Gary Hart en Boston, durante su campaña electoral [1984. Foto: AP]

LAS ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS (MARZO-NOVIEMBRE DE 1984)

*Walter Dean Burnham**

El lapso a que nos referimos estuvo dominado, desde luego, por las nominaciones presidenciales y la campaña electoral general. Ello, aunado a una relativa calma en la escena internacional, hizo de éste, un período marcado en su totalidad por asuntos y personalidades nacionales.

En el lado republicano no se dio, evidentemente, ninguna batalla por la nominación. El Presidente Ronald Reagan —junto con el Vicepresidente George Bush— fue renominado de manera unánime y con gran entusiasmo por la convención del partido celebrada en Dallas. El control de las deliberaciones del partido por parte de la derecha fue

tan completo que el pequeño grupo de republicanos liberal-moderados— encabezados por figuras tales como los Senadores Wicker de Connecticut y Hatfield de Oregon— fue incapaz de reunir suficiente apoyo hasta como para presentar un mínimo informe para la plataforma.

La plataforma, en sí misma, es un documento extraordinariamente ideológico, el más agudamente ideológico que cualquiera de los que han sido adoptados por los principales partidos en este siglo. El replanteamiento interno del partido —inaugurado por la apertura conservadora de Barry Goldwater en 1964— fue finalmente completado y la alguna vez poderosa ala liberal-moderada del partido ahora se acercaba a su extinción. La abrumadora victoria del derechista Ray Shamie sobre Elliott Richardson en las primarias para Senadores del 18 de septiembre ratificó aún más este viraje y también subrayó su enorme campo de acción, pues el partido de Massachusetts había sido uno de los elementos esenciales de la vieja ala liberal del Partido Republicano.

* Del Massachusetts Institute of Technology.

Es en varios aspectos, por tanto, que el Partido Republicano ha reconquistado muchos de los más importantes ingredientes de un verdadero partido político: está suntuosamente consolidado, con una gran cantidad de dinero proveniente en forma de pequeñas contribuciones; está espléndidamente organizado —en particular en comparación con su rival demócrata—; y tiene una visión del mundo notablemente consistente e integrada. Esta visión del mundo se refiere en lo esencial a un movimiento revitalizador, que insiste en un retorno a lo “fundamental” tanto en política económica como en lo que se refiere a la actuación del gobierno federal en materia económica, en asuntos de política social y también en la esfera de la política exterior. La tradicional libre empresa, los tradicionales valores familiares, religiosos y patrióticos, el tradicional antisovietismo y una política exterior anticomunista que contempla un programa de rearmamento masivo son los temas integrales del republicanismo en 1984.

Naturalmente, puesto que éste es un Estados Unidos diferente después de todo, la gente puede —y de hecho lo hace— preguntarse si este espléndido edificio se mantendrá intacto después de que Ronald Reagan deje el escenario político. Las especulaciones en ese sentido son, desde luego, prematuras, pero una de las principales historias de la Convención de Dallas fue la clara evidencia de que ya se vislumbraban algunos conflictos en el interior del partido.

Como ya hemos mencionado, estas pugnas no se darán en torno al viejo eje republicano conservador-liberal sino más bien entre las diversas facciones de conservadores. Existen muchas visiones alternativas acerca del futuro tanto entre los conservadores económicos como entre la derecha religiosa y muchos otros republicanos quienes, aunque conservadores en general, no son verdaderos creyentes de ese evangelio social en lo particular. Por otro lado, en lo que se refiere a la economía, existen agudas diferencias entre, digamos, el Presidente de la Comisión de Finanzas del Senado, Robert Dole y el representante de Nueva York, Jack Kemp; ambos candidatos obvios para la sucesión de Reagan. Y hay muchos otros casos de desacuerdo potencial; todos, desde luego, dentro de un partido intensamente conservador. Sin duda alguna, estos conflictos de política y personalidad estarán definidos en gran medida por lo que suceda con la economía norteamericana, y con los Estados Unidos, en el escenario mundial durante una segunda administración de Reagan.

“No pertenezco a ningún partido político organizado. Yo soy un demócrata”, afirmó Will Rogers en la década de los veinte y bien podría sostenerlo si aún viviera. Como es obvio, por lo general es el partido fuera del poder en la Casa Blanca el que lucha por las nominaciones, y rara vez un Presidente tiene que enfrentar alguna oposición seria dentro de su propio partido. Sin embargo, cuando eso llega a suceder —como en el caso de Taft en 1912, Hoover en 1932, Lyndon Johnson en los primeros momentos de la campaña de 1968, o Jimmy Carter en 1980— el resultado invariablemente es la derrota del partido en las elecciones generales. Pero esta vez los problemas de los demócratas parecen haber adquirido proporciones gigantescas.

Si la avasalladora reelección de Ronald Reagan es el resultado más relevante en 1984 —tal como se vislumbra ya en los momentos preliminares disponibles acerca de las votaciones al momento de escribir este texto— no debe olvidarse que también otras fuerzas han estado actuando. Este punto requiere de una amplia discusión dado que dichas fuerzas, que parece ser producirán consecuencias a largo plazo, son particularmente contrarias a los prospectos de un triunfo presidencial de los demócratas, no sólo en 1984 sino en el futuro previsible.

Regresemos por un momento a los dorados días del poético pasado. Como es de todos conocido, los demócratas se convirtieron en el partido mayoritario en 1932 cuando el desastre económico mundial había superado la era del *laissez-faire* y de sus representantes republicanos en la política. Este partido siempre ha sido más heterogéneo que su rival, contando históricamente con altas concentraciones de sureños blancos, negros (a partir de 1936), judíos, católicos y otros grupos sociales con muy poco común excepto su adhesión al Partido Demócrata. De hecho, a nivel presidencial, puede argumentarse que los demócratas dejaron de ser el partido mayoritario desde las elecciones de 1952 (Eisenhower vs. Stevenson). No obstante, y con creciente dificultad —debido a los conflictos por los derechos civiles, los levantamientos de protesta estudiantiles, feministas y de grupos diversos contra la guerra de Vietnam de la década de los sesenta— la visión política de los demócratas, derivada de los treinta, se mantuvo como la de mayor ascendencia y la conformación general de la política pública nacional así lo reflejó.

Los distintos grupos dentro del partido se mantenían ahí no sólo por un rechazo común a los republicanos y por recuerdos compartidos del pasado, sino por la política económica del “liberalis-

mo de interés de grupo" tal como fue expresado en cada vez más programas nacionales con niveles crecientes de afluencia.

John Kenneth Galbraith ha señalado recientemente que los creadores de la moderna economía política intervencionista bien podrían reflexionar sobre el hecho de que lo que estaban creando era una empresa autoliquidable. A largo plazo, estas políticas demócratas fueron diseñadas para estimular un alto consumo masivo y asegurar la armonía social (en especial la armonía de clase) a través del gasto público, los subsidios, las regulaciones y el modelar las oportunidades para el consumidor del mercado de crédito. Triunfaron. En el proceso crearon una "clase media" de trabajadores afluentes y de empleados de "cuello-blanco" en una escala nunca antes vista en la historia de Estados Unidos. Detrás de todo esto estaba, desde luego, la enorme ascendencia norteamericana sobre la economía mundial que trajo consigo su victoria en la última guerra mundial. Sin embargo, esta clase media estuvo destinada a volverse más conservadora conforme adquiría más que conservar y a medida que el crecimiento se fue reduciendo hasta detenerse a partir de 1973.

Contiene mucho este argumento, y mucho más se incluye también. Si bien es cierto que los demócratas estaban liquidando su propia base política por el sólo éxito de sus políticas y de su visión, el fin del crecimiento terminó con las soluciones fáciles del "liberalismo de grupos de presión". De manera paulatina su visión murió con esta agonía del crecimiento y junto con la coherencia de la coalición. Con todo ello, el final del grupo fue la infeliz, desafortunada y extraordinariamente confusa administración de Carter (1977-81), una de las más claramente repudiadas de la historia moderna de Estados Unidos. El vicepresidente de este triste régimen fue un hombre decente, honorable e inteligente, pero también gris y nada carismático, llamado Walter F. Mondale.

Después de la debacle de 1980 se dio una muy difundida búsqueda de "nuevas ideas" entre los demócratas, una búsqueda que sin embargo parece no haber sido suficientemente exitosa. Al mismo tiempo, ciertas élites clave dentro y en torno al partido (por ejemplo el liderazgo de los trabajadores organizados así como el liderazgo en el Congreso y en otros partidos) dejaron claro desde hace algunos años que la opción de 1984 debía de ser Mondale, y sólo él, por lo que a ellos se refería.

De manera poco sorpresiva, la "inevitabilidad" de la nominación de Mondale se disolvió en forma abrupta durante la primera contienda primaria y,

con certeza, fue finalmente nominado —según muchos, por un débil encanto— con signos obvios de renuencia, y en un vacío político originado por las igualmente "imposibles" candidaturas del Reverendo Jesse Jackson y el Senador de Colorado Gary Hart. Pat Caddell señaló bien pronto que las primarias iniciales veían al Partido Demócrata quebrarse por sus principales errores (a grosso modo: demócratas universitarios, neoliberales, jóvenes de alto nivel y orientados hacia la alta tecnología, contra demócratas menos educados, viejos liberales, de edad avanzada y torpes). Caddell también predijo el desastre del partido si Mondale era nominado; y parece ser que tuvo razón en ambas cuestiones. Pero desde luego éste y otros análisis por lo general omiten el "extraño caso de los demócratas conservadores ausentes", marcado por el fracaso de John Glenn y otros esperanzados. Una señal de ello se dio ya desde marzo cuando las votaciones de las primarias de Illinois revelaron que una quinta parte de los entrevistados planeaban votar por Ronald Reagan en el otoño, *aún cuando el candidato por el que votaron entonces ganara la nominación*. Resulta notable que los bajos resultados en algunas de las primarias del sur celebradas con posterioridad, subestimaron este ingrediente faltante, pero tan necesario para un triunfo presidencial a nivel nacional.

El trabajo de demolición continuó durante y después de la etapa de nominación. Un elemento fundamental en este proceso fue la candidatura de Jesse Jackson. El aura de antisemitismo que acompañara su campaña fue una razón poderosa para desanimar a los votantes judíos durante el otoño. Asimismo, la candidatura de Jackson produjo, inevitablemente, una reacción contraria entre otros segmentos de la población blanca. Ella fue, en muchos sentidos, una candidatura "tercermundista" en tanto que su conspicua implicación en asuntos de política exterior resultó irrelevante. La mayoría del electorado blanco que en realidad vota es en lo esencial de clase media (por lo que se refiere a sus características) y exageradamente rico para los parámetros del Tercer Mundo. Los negros no son tan afortunados. En tanto que ellos son movilizables políticamente por líderes extraídos de sus propias filas, se polarizan en torno a la distribución de los asuntos dentro y fuera del país. Las demandas, con su sabor definitivamente tercermundista, serán por la justicia social y por una política pública que favorece a los desprotegidos de la sociedad (y de la población mundial). Como de costumbre, este tipo de demandas amenazan a

los que sí tienen; y en especial en un período particularmente agudo de autoafirmación nacional conducirán a reacciones negativas.

El candidato demócrata se encuentra entre dos fuegos: repudiar completamente a Jackson podría llevar a boicots masivos en las elecciones por parte de los negros (¿y quiénes más le quedarían entonces?) pero adoptar el programa de Jackson resulta impensable pues no sólo hay que considerar el voto judío sino también el hecho de que en tanto que Mondale preside una latente coalición socialdemócrata de los países de la América reaganiana, él mismo es un socialdemócrata. Este es uno de los muchos problemas que condujeron a la paralización de su candidatura.

Una segunda y muy significativa serie de dificultades surgió cuando Mondale escogió a la representante de Nueva York, Geraldine Ferraro, como su mancuerna. En muchos sentidos la elección respondió al clásico modelo democrático.

Las mujeres están mucho menos entusiasmadas con Ronald Reagan que los hombres y constituyen además una pequeña mayoría del electorado. Asimismo, se había presentado un sentimiento generalizado —no sólo en el partido sino en todo el país— respecto a que había llegado el momento de derribar las viejas barreras que existen contra las mujeres en los más altos niveles —o los inmediatamente inferiores— de política electoral. Junto con esto, la señora Ferraro es católica y pertenece a una familia recién inmigrada, lo que la convierte en un buen ejemplo del “sueño americano” de aceptación y movilidad social, tal como ella y algunos otros lo señalaron durante la Convención.

Mientras que había toda clase de razones *a priori* para hacer esta estratégica selección, los acontecimientos subsecuentes pronto revelaron que hoy estamos muy lejos del mundo de 1960 cuando fue elegido el primer candidato presidencial católico, a saber, John F. Kennedy. Así, desde un principio las opiniones negativas en torno a las finanzas de la familia Ferraro Zaccaro tomaron fuerza, exageradas desde luego por los medios masivos de comunicación que buscaban dramáticos escándalos; no obstante, con una gran habilidad la señora Ferraro fue capaz de superar relativamente este asunto.

Pero resultó entonces que existía otro problema, más grave e intratable para el proyecto en general y para Ferraro en particular. Se trataba de la cuestión del aborto y de las demandas de la jerarquía católica en el sentido de lograr ciertas enmiendas constitucionales ya fuera para prohibir totalmente dicha práctica o, por lo menos, para revocar la decisión de 1973 de la Suprema Corte (Roe v.

Wade) que anulaba muchos reglamentos estatales anti-aborto en los campos de la libertad personal. Este problema ha ido creciendo por varios años y surgió a la vista en 1984 cuando prominentes prelados católicos atacaron la posición de la Sra. Ferraro en este sentido. La crítica, compartida por muchos importantes políticos católicos, se refieren a que mientras que ella en lo personal se opone al aborto, no considera que tiene ni la obligación ni el derecho de trasladar sus consideraciones personales a la política pública. Este ataque fue apoyado en gran medida por el Gobernador de Nueva York, Mario Cuomo, en una conferencia sostenida en septiembre en la Universidad de Notre Dame. Los ataques eclesiásticos, dirigidos por líderes de la alta jerarquía tales como los arzobispos de Nueva York (John O'Connor) y de Boston (Bernard Law) fueron tan fuertes y explícitos que llegaron a aparecer como un virtual apoyo a la campaña presidencial Reagan-Bush. Asimismo, las apariciones de otros prelados con los candidatos republicanos simplemente dieron más fuerza a este extraño apoyo sin precedentes.

Los datos de la opinión pública dejaron en claro que sólo una minoría, aún entre los seglares católicos que asisten a la iglesia (para no mencionar al resto de la población) estaba de acuerdo con la postura de la alta jerarquía en torno a esta cuestión. Pero éste es el tipo de problema respecto del cual en ambos lados hay muchos partidarios con sentimientos muy intensos y que por lo tanto no se desvanece. Robert F. Drinan, padre jesuita y excongresista ha expresado recientemente que este conflicto tiene un mayor potencial de divisionismo destructor en la política norteamericana que cualquier otro que el país haya visto desde las batallas anti-esclavismo de 1850 y 1860. Tal vez tenga razón. Parece ser que existe una genuina posibilidad ahora de que mientras se mantenga en escena el problema del aborto, por sí solo, hará muy difícil para los candidatos demócratas ganar *cualquier* elección presidencial en el futuro previsible.

De hecho, cuando revisamos la esencia del Partido Demócrata moderno, nos preguntamos si la “verdadera” historia de 1984 es que toda la actividad se ha convertido en el lugar de fusión de distintos pueblos o razas. Los negros, judíos, católicos —junto con los blancos del sur y los estratos más bajos de la población se encontraban en el propio centro de la coalición y la mayoría de ellos parecía separarse en diversas corrientes de acuerdo a sus intereses, ideologías o preocupaciones específicas.

De todos estos grupos —excepto los negros que

llegaron a las elecciones— el que más probablemente permanezca del lado de Mondale es el formado por los electores de la mitad más pobre de la estructura de clases norteamericana; sin embargo, históricamente en estos estratos es donde se ha localizado el abstencionismo más significativo. Esto ha sido válido por mucho tiempo. Lo relevante ahora es que, en 1984 como nunca antes, la concurrencia es un asunto clave para los políticos. Este desarrollo es suficientemente lógico, aunque muy esperado, y surge de las políticas polarizadoras, de preferencia de clase sostenidas por el ala derecha de la administración de Reagan.

Un oficial del Comité Nacional Demócrata apuntó en septiembre que el partido no podía ganar una elección con el electorado activo existente. Estaba en lo cierto. Por tanto, importantes campañas de registro han constituido parte relevante de estas elecciones. Como otros aspectos antes mencionados, estas campañas muy probablemente sigan siendo importantes también en futuras elecciones porque la polarización entre las clases así como en torno a otros aspectos se encuentra en nuestro futuro. Pero grupos republicanos y conservadores, tales como los fundamentalistas cristianos, tampoco permanecieron ociosos. Y, con un porcentaje de participación del 53% en 1980, existe tanta inactividad en el sistema de votación que un considerable apoyo a Reagan podría venir de esta masa de no-votantes.

Si uno explora en torno a las ventajas de los demócratas en 1984, la economía parece ser el campo menos prometedor. Conforme se desarrollaban, el vigor y la fuerza de la recuperación norteamericana a partir del desplome de 1981-82 continuamente sorprendía a los usuarios del modelo econométrico. A pesar de que el ritmo de expansión empezó a disminuir en la segunda mitad del año, el crecimiento total del ingreso disponible *per cápita* para 1984 muy probablemente rebase el 5%. Este es un indicador políticamente sensible. De las muchas décadas de las que existen datos disponibles, sólo en dos ocasiones anteriores los años de elecciones presidenciales mostraron tasas de crecimiento del 5% o más en el ingreso *per cápita* disponible: 1936 y 1964. Pero 1980 fue el primer año de elecciones desde 1932 en que el ingreso *per cápita* se redujo —una de tantas coincidencias interesantes entre Herbert Hoover y Jimmy Carter, incluyendo su destino como candidatos a la reelección—.

Cualquier persona inteligente es capaz de reconocer las curiosas características de este *boom* de

1984 que en ciertos aspectos importantes resulta similar al *boom* de consumo latinoamericano (déficits masivos y una igualmente masiva deuda externa para cubrirlos, junto con una “artificialmente” elevada tasa de intercambio). Parece tan cierto —tanto como puede llegar a serlo en política económica— que los enormes déficits fiscales deberán cancelarse si se desea terminar, o por lo menos reducir, un grave daño a la economía norteamericana a largo plazo. Para ello se requiere recortar los gastos federales y, más aún, aumentar los impuestos a las clases medias. Tan sincero como el asaltante de bancos Willie Sutton cuando a la pregunta de por qué había cometido el robo respondió: “ahí es donde está el dinero”, Walter Mondale ciertamente introdujo una gran innovación en las campañas cuando anunció —en su discurso de aceptación— que de ser elegido, subiría los impuestos. Esa afirmación —independientemente de los méritos— en general no puede considerarse como muy positiva en política. Por su parte, Ronald Reagan se ha acercado, tanto como se atreve, a la promesa de no elevar para nada los impuestos, pero ha rehusado hacer cualquier afirmación contundente respecto a sus intenciones en dicho frente. En éste como en otros asuntos buscó —y obtuvo— un cheque en blanco del electorado norteamericano.

El *boom* mismo parece ser, más que algo aleatorio, una confirmación clásica de los modelos económicos Keynesianos. Su propio vigor tiene mucho que ver con el efecto acumulativo de los déficits federales de tres dígitos, vertiendo un estímulo muy fuerte a la economía. Sin embargo, este estímulo deberá ser restringido en algún punto, aún cuando sea tan sólo para prevenir la formación de una deuda federal de 5 trillones de dólares para finales de siglo, tal como la Comisión Grace ha proyectado. En efecto, la cuenta del carnicero será saldada, pero en gran medida, por la misma clase media norteamericana que este año se encuentra de manera muy entusiasta del lado del Presidente. Sin embargo, eso ocurrirá después de las elecciones, no antes.

La popularidad personal de Ronald Reagan es una de las grandes realidades políticas de estos tiempos. Algunos se han referido a él como “el Presidente Teflón”, nada malo parece pegársele. Reagan es, sin duda, una personalidad atrayente y efectiva, pero uno podría preguntarse por qué su resonancia con el público ha sido tan extraordinaria. La respuesta que esbozamos para esta pregunta debe, necesariamente, ser breve y simplista. Por

algo el país atravesó una "larga noche" de serios problemas políticos y económicos desde poco después del asesinato de John F. Kennedy hasta el simultáneo inicio de Ronald Reagan y la liberación por parte de Irán de los rehenes norteamericanos el 20 de enero de 1981. En particular, el estancamiento económico parece anular el sueño norteamericano que muchos aún deseaban creer posible. Para 1980, ésta era una sociedad, una economía y un imperio que mostraba muchos de los síntomas de una caída irrecuperable. Reagan prometió una revitalización conservadora en todos los frentes y, sobre todo, insistió en que no había necesidad de una decadencia norteamericana, que el sueño americano no había terminado y que podríamos volver a asumir nuestra antigua posición de primacía en el mundo. En 1984, muchos norteamericanos consideraban que Reagan había mantenido estas promesas, y el éxito —como siempre— parecía confirmar la exactitud de sus argumentos respecto al futuro de Estados Unidos. Uno de los aspectos más relevantes de 1984 fue el resurgimiento del patriotismo, la glorificación de la identidad y la superioridad de la nación norteamericana —que de alguna manera se cristalizó en y alrededor de los Juegos Olímpicos de Los Angeles—. La oscura era anterior, cuando el país parecía sufrir un cierto colapso nervioso colectivo, había sido disipado por los rayos del amanecer reaganiano. Volviendo a lo fundamental, parece ser que tuvieron éxito en todos los aspectos creer que los buenos viejos tiempos eran, después de todo, todavía alcanzables.

Una corta historia sintetiza este punto. Existe un barbero en Anniston, Alabama, que acostumbra preguntar a sus clientes acerca de sus preferencias presidenciales. Este año el resultado fue más o menos de 4 a 1 a favor de Reagan, a pesar de que esta localidad tradicionalmente había sido una fortaleza del Partido Demócrata. Y más aún, por lo menos uno de sus clientes dio una respuesta muy interesante: esperaba votar por Reagan porque, para él, era como votar por el Tío Sam. De lo que se desprende que si se llegara a establecer una carrera presidencial entre el Tío Sam y un mortal común y corriente, no habría siquiera competencia.

Desde esta perspectiva, debe resaltarse otra cuestión a partir del análisis de los datos de la encuesta disponible: la extraordinaria fuerza de Reagan —y de alguna manera también otras personas del Partido parece tener entre los votantes jóvenes, en particular los cohortes masculinos más jóvenes, aunque ciertamente nos encontramos muy lejos de la "juventud revolucionaria" de fines

de los sesenta y principios de los setenta. Junto con sus otras pérdidas, el Partido Demócrata parece ahora bien encaminado a perder también su futuro.

Hoy día, la gente con frecuencia se pregunta si estamos atravesando por un genuino realineamiento crítico semejante a los grandes virajes del pasado: 1860, 1896 y 1936. Mucho ha cambiado, muchas cosas de fundamental importancia podrían estar, en diversos sentidos, fuera del alcance del remplazamiento de un partido de viejo cuño, pero en realidad, y considerando de manera especial que vivimos una etapa anti-partido, todos los elementos *esenciales* de un realineamiento crítico parecen haber caído en su lugar. Habrá mucho qué decir más adelante en este sentido, por ahora es suficiente con afirmar que un muy comprensible cambio está colándose a través del sistema político norteamericano en todos los niveles y en varios frentes. Con excepción de la catástrofe económica o internacional, podemos considerar como conservador al sistema político norteamericano del futuro.

En palabras de FDR ésta es, ciertamente, una proposición muy "condicionada". Precisamente porque el sistema socioeconómico es mucho más desarrollado y complejo, y los Estados Unidos están tan interpenetrados con el resto del mundo en todos los niveles en comparación con la década de los treinta —o cualquier periodo anterior— es que cualquier predicción sobre un replanteamiento a largo plazo descansa sobre bases débiles. Sin embargo, la transformación política iniciada en 1981 es de proporciones masivas y aparentemente será profundizada y extendida en la segunda administración de Reagan.

Aún cuando los demócratas regresen al poder, será más difícil de lo que muchos piensan dar marcha atrás al curso de la política que Ronald Reagan ha impuesto. Y en tanto se suponga que las transformaciones deben darse *respecto* de algo, esto es suficiente para establecer, por lo menos, parte de la demanda ■

Traducción del inglés:

Rosa María Mirón Lince